

y sencillas como flores de primavera, puede también hallar un curso de filosofía estética el hombre en el otoño de la vida, ya muy atrás las lindes de la ingenuidad y en pleno reino del sarcasmo y de la lucha, cuando fatigado piensa que en fin de cuentas, tanto fárrago es estéril, pues desaparecida su figura, «de que pasó por el mundo, nadie, o casi nadie se acordará».

Se ha reprochado a la obra becqueriana su excesiva popularidad. Los autores de esta aseveración han demostrado un lamentable superficialismo. Precisamente la razón suprema de considerar a Bécquer como un artista extraordinario dimana del carácter especial de su asombrosa popularidad. El hecho de que sus versos hayan pasado por todos los labios, aun los más humildes, sin aplebeyarse, revela claramente su calidad altísima. Solamente los genios se hacen entender y adorar de todo el mundo. Algunos archimandritas de la pedantería suelen defender que el arte es solo un convite para iniciados, un rito a cultivar solo para una reducida minoría de privilegiados areopagitas. Tal vez esto sea cierto tratándose de artes mediocres, parientes del artificio y de la intrincada tramoya. El arte sublime, el arte grande, lo entiende todo ser humano, cualquiera que sea su condición intelectual porque va directamente y sin pasar por los angostos tamicos del cerebro, a esa porción recóndita y no bien localizada de nuestra alma donde arde la lámpara de lo divino; es decir, lo que llamamos, a falta de otra palabra más exacta, *sensibilidad*. La poesía de Bécquer la comprende todo el mundo, como todo el mundo capta la belleza de una rosa y todo el mundo se siente subyugado ante el misterio de una noche estrellada. Las estrofas becquerianas hacen estremecer de vaga emoción a la tímida doncella enamorada, al tiempo que pasman de admiración al erudito que busca en ellas el alcaloide de la belleza.

Y es que el arte del bardo andaluz es perfecto como las obras de la Naturaleza; es arte puro, virgen de adornos y recursos, arte impalpable y traslúcido como el espacio cósmico. Si quisiéramos dar una definición empírica de la palabra *Poesía* habríamos de decir, rectificando al artista, que «Poesía es clara y simplemente, lo que escribió Gustavo Adolfo Bécquer». Las obras de otros poetas, admirables cuanto se quiera, contienen evidentemente poesía, pero no en estado de perfecta pureza, sino mezclada, adulterada con ingredientes de mayor o menor categoría estética, cuales son retórica, imaginación, acústica, filosofía cara o barata, vigor sanguíneo, alcoholismo o álgebra, según las tendencias, los tiempos y las escuelas.

Creemos que es mezquino considerar a Bécquer sólo como una lumbrera de las letras hispánicas. Su calidad de poeta humano, le coloca fuera de los límites de articulación fonética de cualquier lengua. Con paladino error se le ha equiparado a algunos poetas extranjeros que se le asemejan en la forma. Bécquer les supera infinitamente. A poco que arañemos en el espíritu de Alfredo de Musset, daremos con la pícara malicia del burgués parisién; como veremos la parda ironía de Israel asomar tras las nubes rosadas de los versos sentimentales de Enrique Heine. Sólo, tal vez, en los antípodas, po-

damos hallar la réplica del poeta ibero en aquel incorpóreo rapsoda que se llamó Rabindranath Tagore.

Los españoles podemos estar orgullosos de que viera la luz junto al Betis este gran cantor del espíritu humano. Entre la voz tonante del tempestuoso Hugo, la eufonía pastoral del dulce Marón, la erudita filocalia de Alighieri, la enervante siringa del centauro Rubén y el arpa divinal del sultán hebreo, bien podemos colocar la figura de Bécquer, si no como rey, a lo menos como Príncipe en la nación de la Belleza cantada, paladín sin mácula como Galahad en lucha contra la bestialidad del Antehombre; príncipe enlutado y triste como Hamlet, que en versos de inmortal sencillez se encara con su propia calavera para preguntarle el infinito *Por qué* de la Vida y de la Muerte...

Primavera

¡Oh, bendita primavera
bella estación deliciosa,
que deshaces la «quimera»
del triste invierno, a tu entera
brillante luz portentosa.

Se cubre el campo de flores
y echa espigas el trigo;
hay en la vida dulzores
y cantan su madrigal
campesinos y pastores.

Bala el tierno corderillo
con un balar más gozoso;
cantan la rana y el grillo,
relincha el corcel brioso
y hay olores a tomillo.

Del tejado en el alero
trina gentil golondrina,
toca la flauta el cabrero
y florece la encina
y florece el limonero.

Las más delicadas flores
florece en las macetas;
y tiene acentos mejores
y más gallardos primores
el estro de los poetas.

La corriente del riachuelo

suenan a música lejana;
está más azul el cielo
y en la campiña cercana
canta el perdigón su celo.

Ved del almendro florido
la blancura evocadora
y entre sus flores, el nido
vagamente construido
por tórtola arrulladora.

¿Quién dijo que eran mejores
las baladas otoñales
que las bucólicas flores
que brotan multicolores
de versos primaverales?

¡Nunca! Aquella es la poesía
de pardo y tibio bosque
llena de melancolía,
y esta es cuadro de alegría
con marco de áureo ramaje.

Es más grata en fin, la vida
y más hermoso el amor;
menos sangrante la herida
que abrió en el pecho el dolor...

¡Oh, primavera querida!...

JUAN CARLOS CANALES GONZÁLEZ